

A photograph of a desk in a dimly lit room. A silver laptop is open on the desk, illuminated by a green desk lamp. To the left of the laptop is a stack of books. On the wall above the desk is a square analog clock showing approximately 10:10. The background is a plain wall with a shadow of a person's arm raised.

# Conectados: mi vida como *influencer*

José Roberto Leonardo



## Índice

1 .....	13
2 .....	25
3 .....	33
4 .....	43
5 .....	49
6 .....	55
7 .....	59
8 .....	69
9 .....	75
10 .....	83
11 .....	85

En esta historia nadie vuela por el cielo mientras se despliega su capa y rodea enormes edificios. Nadie deja estelas de humo al esquivar los manotazos furiosos de un gorila gigante. Nadie rescata un gato atorado en la ventana de un séptimo piso en llamas. Mucho menos hay alguien que salve a la humanidad atajando una lluvia de meteoritos con un escudo atado al brazo. Nadie atraviesa muros, ni derrite las paredes con vista de rayos láser mientras lleva en brazos a una hermosa mujer, ni hay quien alce el vuelo a través de una ventana con la intención de detener con una sola mano el edificio que, oscilante, está a punto de desplomarse.

No hay heroínas valientes y audaces ni héroes intrépidos y valientes. Esta es la historia de los vencidos, pero sobre todo de quienes saben que la vida es algo inesperado, como todo lo que se esconde a la vuelta de la esquina, o como lo que sucede en un cuadrilátero. Es la historia de los que se levantan con algo que contar.

Pero ¿quién soy yo para decir esto? Ya lo sabrán. Lo cierto es que fui tan famoso como una estrella de cine o

de rock. Sin proponérmelo, la vida se presentó ante mí como un teatro a reventar, repleto de risas y aplausos, de ovaciones de pie y marejadas de felicitaciones, de seguidores y de solicitudes de «amistad».

8 Jamás creí llegar a ser influyente en las redes sociales. ¡Lo juro! Porque sabía lo lejos que estaba de ser una estrella destacada en el firmamento o una figura ovacionada y viral de las redes sociales. Simplemente porque no soy el futbolista que se entrena para un club español y deposita millones de dólares en su cuenta bancaria (ni siquiera tengo una). Tampoco soy el actor de cine musculoso y soberbio al que contratan para la más reciente película de superhéroes debido a su talento, ni el cantante de rap a quien le cuelgan brillantes collares de oro del cuello y que se pasea en una limosina descapotable desde la cual saluda a su público mientras atraviesa el centro de una gran ciudad.

Disfruto de los videojuegos hasta entrada la madrugada y de alguna que otra serie de televisión que sea la sensación del momento. Aún no he concluido la secundaria (ni siquiera tengo claro qué voy a estudiar cuando vaya a la universidad). Escribir por WhatsApp o reunirme con amigos y amigas para conversar o compartir memes y pasarla bien son dos de mis pasatiempos.

Luego descubrí que publicar fotografías y videos en las redes sociales me divertía y que *me acercaba* de alguna manera a otras personas a quienes también las entretenía esta actividad. Sin embargo, jamás imaginé lo que ocurriría.

Si debo hablar o escribir de algo que siempre fue para mí más que un pasatiempo, esto sería leer, y, por consiguiente, escribir. Leía lo que llegara a mis manos. Leía toda clase de cómics, todas las sagas. Leía novelas y cuentos además de poesía. Y me gustaba escribir mis impresiones de los libros que leía. Ni siquiera lo tenía muy claro entonces, pero yo escribía reseñas.

En aquellos días, fotografiaba lo que pasaba a mi alrededor sin más pretensión que compartir en Instagram o YouTube lo que mis ojos encontraran por ahí a través de mi cámara.

También escribía textos breves como lo haría cualquier persona. Anotaba mis experiencias en situaciones absurdas, fastidiosas o divertidas, o cuando me hallaba aburrido.

Ocupaba mis ratos de ocio en captar imágenes, ya fuera en la calle o en mi propia casa, en un centro comercial o cuando viajaba a la playa con mis padres. Después lo publicaba todo al instante sin esperar reconocimiento alguno.

Sin embargo, cuando menos lo pensaba, me hallaba rodeado de seguidores anónimos en las redes sociales, quienes con el paso del tiempo aumentaron en número y se sumaron a mis cuentas personales.

Ocurrió con el transcurso del tiempo que llegué a combinar la experiencia obtenida de algunos de estos pasatiempos. Así que, por medio de videos con audio, le proponía a mi escaso público de entonces alguna película o una serie de televisión, incluso algún libro que me pa-

reciera interesante. Si reprobaba una materia, subía un video a las redes sociales para comunicar mi malestar. Puras cosas del día a día, nada realmente trascendente.

10 Pero con el paso del tiempo llegué al punto de tener un solo propósito en la vida: aumentar la cantidad de *vistas* en las redes sociales. Poco a poco, la adrenalina de los *me gusta* fue en ascenso. El inesperado aumento de los *veces compartido* y el pensar que lo que publicaba llegaba a tantos países, además de los *suscriptores* que aumentaban como las ramas de un árbol frondoso —mis seguidores de todo el mundo que se sentían atraídos por mis videos y mis fotografías— me produjo una sensación muy parecida a caminar sobre la alfombra roja virtual de una celebridad.

Entonces llegó lo que nunca esperé. Un día cualquiera, luego de un encuentro inesperado, un correo electrónico le daría un giro inesperado a mi vida.

Lo que ocurrió después me hizo cuestionar mis motivos, mi vida: ¿debía detenerme y pensar si sería capaz de seguir adelante con lo que estaba sucediendo?, ¿era eso lo correcto?

Lo cierto es que al hacer lo que para mí no era sino un pasatiempo, muchas cosas interesantes sucedieron. ¿Qué hacía? Lo de siempre: publicar fotos, videos, textos breves... Nunca creí que sería un *youtuber*, un *instagrammer*, o que me transformaría en un reconocido *influencer*. Me di cuenta de que lo más importante era sonreír y no dejar de hacerlo. Sin importar cuán cómico y hasta ridículo fuese el tema que tratara, no debía dejar de sonreír.

Dejo constancia por escrito de este episodio de mi vida. Al seguir leyendo se enterarán de qué me sucedió y de lo que de esto aprendí. Estas son al fin expresiones sin número fijo de caracteres, dichas delante de esta computadora sin la necesidad frenética de enterarme de si a alguien le *gusta* o le *encanta* o le *divierte* o *asombra* o *entristece* o *enfada* lo que digo.

Veo el reloj: es tarde. Once con treinta y cuatro de la noche. Debo dormir. Mientras tanto, publico desde mi celular en mis historias de Instagram: *La soledad es una casa vacía donde a lo lejos se escucha el clic que se arrastra arriba abajo, abajo arriba, como el solitario ratón que busca su alimento.*

11

Apago mi *laptop* y la cierro con un golpe seco, decisivo y cansado. Sobre el vidrio de la ventana de mi habitación, una gota de agua silenciosa y escurridiza se desliza hasta desvanecerse en el suelo. Vendrá la lluvia.

Pienso en la vida como esa gota de agua: imprevisible, espontánea y torrencial... hasta que cae al suelo para recomenzar y volver a la nube.